

## Undécimo domingo del T. Ordinario B/2018

Todas las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la esperanza cristiana. Muestran que Dios en su poder es capaz de hacer las cosas crecer y madurar sin la intervención humana. Nos invitan a esperar en el futuro del Reino de Dios.

La primera lectura describe el futuro de Israel bajo la dirección de Dios. Compara Israel a un pequeño árbol que se hará fructuoso y grande al punto que los pájaros descansaran al abrigo de sus ramas. Destaca también la soberanía de Dios que baja los fuertes y levanta los humildes.

Lo que este texto nos enseña es que el secreto del futuro está en las manos de Dios. Hay también la idea de que cada principio si pequeño que sea tiene la raíces del crecimiento. La última idea es una invitación a esperar en el futuro.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús habla del crecimiento del Reino de Dios. En primer lugar, Jesús compara el reino de Dios a una semilla plantada en un campo que germina, crece y produce frutas sin que el agricultor sepa cómo. Entonces, dice que se pasa de esta manera con el reino de Dios.

Pues, Jesús compara el reino de Dios a una semilla de mostaza. Aun es la más pequeña de todas las semillas, una vez que es sembrada, se convierte en el mayor de los arbustos y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden anidar a su sombra. El Evangelio se termina con la declaración que dice que Jesús habló siempre en parábolas a la gente, mientras en privado las explicó a sus discípulos.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar de la esperanza cristiana para el futuro. De hecho, queremos tener éxito en lo que emprendemos. Hacemos todo en nuestro poder a fin de tener éxito en nuestro negocio, nuestros empleos y hasta nuestras familias. Por esta razón, damos lo mejor de nosotros en el trabajo con la esperanza que alcance el objetivo que adjudicamos a nuestra vida.

Sin embargo, a pesar de todos nuestros esfuerzos, resulta a veces que las cosas no funcionan como le queremos. A veces, después de haber aceptado muchos sacrificios y tanto dolor, realizamos que el resultado final no es lo que esperábamos. Al final, realizamos que no estamos en el control de los factores que contribuyen al éxito. Sería el caso, por ejemplo, cuando nuestras expectativas o sueños para nuestros hijos no se realicen.

Tal consideración nos muestra que así hay expectativa para el éxito, hay también posibilidad de fracaso. Por eso, la Biblia nos recuerda que todo no depende de nosotros, sino también de Dios. Como el Salmo 127 dice, "Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que construyen. Si el Señor no guarda la ciudad, en van velen los guardes.

Lo que este salmo quiere decirnos es que, aunque tuviéramos que hacer todo en nuestro poder a fin de tener éxito, tenemos también que contar con Dios y no sólo en nuestros propios esfuerzos. Sólo tal visión puede ayudarnos a entender el sentido de las parábolas de hoy. De hecho, el agricultor hace su parte al preparar el suelo y al sembrar la semilla, pero el trabajo de crecimiento y de producción es más allá de su control.

En este sentido, la primera parábola quiere decirnos que el crecimiento del reino de Dios es independiente de los esfuerzos humanos, tan importantes que sean. Esto es lo que significa la semilla que germina, crece y produce cosechas sin que el hombre sepa. Sin embargo, no

significa que porque el crecimiento depende de Dios, entonces, no tenemos nada para hacer. Tal actitud destruiría el sentido de nuestra misión y el deber que tenemos de actuar como discípulos de Jesús.

Por supuesto, nadie puede hacer la semilla crecer, pero no deberíamos olvidar que, como un agricultor que trabaja el suelo para una cosecha buena, tenemos que crear las condiciones en las cuales la semilla puede crecer bien. Por eso, deberíamos ser activos en el mundo, sabiendo bien que de nuestros esfuerzos y nuestro trabajo el mundo puede hacerse un mejor lugar para las futuras generaciones.

Además, hasta en el caso habría un fracaso al principio de un trabajo, la posibilidad de un éxito es permitida, porque hasta de las cenizas, la vida puede salir.

Esta esperanza en el futuro de nuestro trabajo y compromisos es lo que la parábola de la semilla de mostaza nos enseña. De hecho, el principio humilde puede hacerse un día un gran trabajo. Indudablemente, el contexto de esta parábola se refiere a la historia de salvación en el sentido que la misión de Jesús era una mezcla de fracaso y éxito al punto que los discípulos se preguntaban sobre su futuro. Pero, la respuesta de Jesús es alentadora, porque la pepita se hará un día un árbol grande.

El mejor ejemplo que podemos dar se refiere a nosotros mismos. Por ejemplo, hace muchos años, éramos adolescentes, pero hoy somos adultos y personas respetuosas: padres, madres, abuelos, grandes abuelos, etc. ¡Qué agradable todo esto! Recordemos también que muchas invenciones que disfrutamos hoy han sido comenzadas por un individuo y a veces en un garaje, y desde allí se han ampliado en todas partes del mundo.

Por eso, tenemos siempre que guardar la esperanza hasta en la presencia de un fracaso. Nunca deberíamos desanimarnos en lo que hacemos aun cuando hay un fracaso evidente. En este sentido, tenemos que entender que los actos pequeños de la vida diaria cuentan y pueden hacer una diferencia. Nunca deberíamos cansarnos de repetir las mismas cosas o ser desalentados para comenzar de nuevo lo que hacemos cuando fallamos.

Necesitamos la paciencia cuando comenzamos una cosa. Necesitamos el coraje para seguir adelante cuando afrontamos las dificultades. Tenemos que esperar que a partir de un pequeño principio venga un día una empresa grande. Tenemos que confiar en Dios, independientemente de lo que sean las condiciones de nuestro trabajo. Como va con el trabajo humano, así es con el trabajo de Dios. Recemos, entonces, hermanos y hermanas, que el Señor denos su gracia para que trabajemos para él y para nuestros semejantes sin desanimarnos. ¡Que Dios los bendiga a todos!

### **Ezequiel 17, 22-24; 2 Corintios 5, 6-10; Marcos 4, 26-34**

Fecha de la Homilía: el 17 de Junio 2018

© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20180617homilia